

# EL MOSÁICO, UNA REVISTA MURCIANA DEL 98

JOSÉ BELMONTE SERRANO

Las presencia en las aulas de las revistas literarias como valioso material de trabajo cumple los requisitos básicos del denominado aprendizaje significativo. En estos últimos años, frente al modo, llamémosle, clásico y obsoleto en la enseñanza/ aprendizaje de la literatura, se ha propugnado una manera de trabajar esta materia que resulte significativa y que, a la vez, según apuntan en un estudio llevado a cabo por María Victoria Reyzábal y Pedro Tenorio, “enriquezca al sujeto en cuanto ser complejo, apto y necesitado de ‘aprender a aprender’ siempre más” (p. 13).

Estos mismos autores hablan de “lectura placentera” y, al mismo tiempo, sin que una excluya a la otra, de “lectura útil”. Las revistas literarias forman parte del complejo entramado del llamado proceso creativo; son el resultado de una labor previamente meditada de modo individual que, posteriormente, desemboca en un trabajo en equipo, siempre motivador y necesario para alcanzar el objetivo de la socialización a través de la educación y la cultura. Qué duda cabe que en una revista literaria hallamos plasmadas, de una u otra manera, las tradiciones, los sueños, valores e inquietudes de un pueblo, colaborando, asimismo, a la mejor comprensión de la cultura en general y de las artes en particular. Desde la administración se insiste, una y otra vez, que no se trata tan sólo de que aprendamos a leer textos, como se ha venido haciendo hasta hace bien poco, sino que, además, hay que aprender a producir textos.

Como en el caso de la literatura, los contenidos que aportan el estudio de las revistas literarias colaboran en la formación de la personalidad, promueven y facilitan la interacción y la participación, desarrollan la sensibilidad y el gusto estético, ayudan a clarificar creencias y valores, encauzan los sentimientos y la emotividad, enriquecen y agudizan la capacidad crítica, aumentan la capacidad creadora, y motivan hacia otros saberes, sin olvidar que el trabajo que se desprende, en clase o fuera de la misma, del estudio o la elaboración de una revista literaria se inscribe en el ámbito de lo interdisciplinar, logrando poner en conexión distintas materias, como historia, pintura, literatura, geografía, ciencias sociales y políticas, etc.



Con tal propósito, vamos a adentrarnos en el estudio de una revista editada en Murcia a finales del siglo XIX llamada *El Mosáico*, de la que poco se sabe, al margen de unos acertados comentarios llevados a cabo por el escritor y periodista Antonio Crespo en su libro, recientemente editado, *Historia de la prensa periódica en la ciudad de Murcia*.

La elección de esta publicación periódica ha estado motivada por, en primer lugar, la circunstancia anteriormente señalada, es decir, la poca atención que se le ha prestado hasta hoy y la consiguiente necesidad de llevar a cabo un análisis pormenorizado y riguroso —no digo que éste lo sea— con el fin de conocer su auténtico valor dentro del contexto en el que salió a la luz. *El Mosáico*, frente a otras revistas contemporáneas, anteriores y posteriores, dado lo efímero y circunstancial de estas publicaciones, tuvo una continuidad que le permitió acaparar un total de 65 números, no durante 65 semanas, como señala en la obra antes citada Antonio Crespo, sino durante algunas más si tenemos en cuenta la circunstancia de que entre los números 39 y 40 de *El Mosáico* hay una distancia de casi cinco meses: “Con el presente número —leemos en el correspondiente al 25 de julio de 1897— suspende su publicación *El Mosáico* si bien con la esperanza de reaparecer en plazo no lejano, mejorando notablemente en su parte material”.

Esa esperanza se vería cumplida con la aparición, el 5 de diciembre de 1897, del número 40, si bien hay que dejar constancia de que no hubo cambios sustanciales, lo cual nos permite sospechar que las motivaciones de este paréntesis en su publicación vendrían dadas, como suele ser habitual en estos casos, por motivos económicos, y mucho más si tenemos en cuenta que *El Mosáico* frente a otras revistas de su tiempo, nunca incluyó publicidad entre sus páginas, lo cual hace más meritoria si cabe su labor y su supervivencia.

Al margen de lo apuntado con anterioridad, *El Mosáico* es, además de una revista con un tono literario bastante digno, con meritorios trabajos en verso y prosa, como ha señalado Antonio Crespo, una publicación divertida, heterogénea, que sabe combinar los poemas de tono netamente festivo y los inevitables pasatiempos y viñetas, con las leyendas en prosa de corte fantástico, casi gótico, a cargo de un maestro en la materia, como fue Pedro Díaz Cassou, y las crónicas de Frutos Baeza que no se abstraen, de modo alguno, de lo que en ese instante está sucediendo en la calle, donde domina un ambiente netamente bélico, antesala de lo que supondrá para España el desastre, en 1898, de Cuba y Filipinas y la consiguiente pérdida de las últimas posesiones de un imperio que, definitivamente, se fue a pique.

El semanario ilustrado *El Mosáico*, bajo la dirección del militar y poeta festivo Carlos Cano y Núñez, nacido en Murcia en 1846 y fallecido en esta misma ciudad en 1922, inicia su andadura el primero de noviembre de 1896. Su sede administrativa estaba ubicada en el número 21 de la antigua plaza de Chacón, actual plaza de Santa Isabel. En este primer número se incluye una nota dirigida al público en la que la redacción aclara que *El Mosáico* “quiere ayudar en lo posible al cumplimiento del hoy más que nunca oportuñísimo refrán [*a mal tiempo, buena cara*]; y con tal



objeto ofrecerá semanalmente a sus lectores un rato de esparcimiento con sus poesías festivas, sus artículos humorísticos, sus pasatiempos y sus caricaturas, que alternando con sus trabajos serios y sus fotograbados de hombres ilustres y de monumentos notables, justificarán el título con que se verifica su aparición". Dicha nota acaba con los siguientes versos: "Y hecha la presentación/ Que su programa condensa,/ Con la mayor efusión/ A los chicos de la prensa/ Saluda LA REDACCIÓN".

En la ciudad de Murcia, fueron contemporáneas a *El Mosaico* las revistas, también de carácter literario –al menos, pueden ser estudiadas como tales–, *El Bazar murciano*, nacida, al amparo del comercio del mismo nombre, en 1892, *El Álbum murciano* (1895), *Quevedo*, cuya primera salida data de finales de 1897, y *El Diablo verde*, periódico satírico que aparece el día de reyes de 1898 y que poseía la particularidad de que sus redactores o colaboradores se encubrían bajo pseudónimos como "El bachiller Carrasco" o "El licenciado Pitillos".

De toda ellas, la más interesante es *El Bazar murciano*, "una publicación fuera de lo común", como indica Antonio Crespo, de la que, hasta 1929, se publicarían un total de 36 números, editándose un solo número al año. El director de *El Bazar murciano* era el propio dueño de este comercio, don Ricardo Blázquez. Salía cada feria de septiembre y se repartía gratuitamente entre clientes y amigos. Al margen de la difusión literaria de sus páginas, tenían como principal misión la propagandística al anunciar sus mercancías en venta, desde juguetes hasta perfumes y paraguas. Participaron en esta revista los más importantes literatos y periodistas murcianos de la época, como Andrés Baquero, Frutos Baeza o Sánchez Madrigal, así como otras firmas de ámbito nacional e internacional como Echegaray, Benavente (ambos premios Nobel de literatura) y José Martínez Ruiz "Azorín".

Según han puesto de relieve Díez de Revenga y Mariano de Paco en su libro *Historia de la literatura murciana*, existe un notable contraste entre la primera y la segunda mitad del siglo XIX en cuanto a la creación literaria: "Es a partir del medio siglo cuando comienzan a surgir nombres significativos en la literatura, tanto en Murcia como fuera de ella, en Madrid, donde desarrollaban sus actividades las figuras centrales de nuestro XIX literario" (p. 227). Se refiere a autores como Martínez Monroy, Selgas, Arnao y Federico Balart, personaje al que, precisamente, estaría dedicada la portada del primer número de *El Mosaico*. Al pie se su retrato figuran los versos siguientes: "Como crítico y poeta/ La fama le dio el fagín./ Y es su gloria tan completa/ Que hasta le admira *Clarín*./ Nació en Pliego y ya las gentes/ Conviene en afirmar/ Que no hay pliegos suficientes/ Para sus glorias contar".

El destino de Murcia corre parejo al del resto del territorio nacional donde se agudiza una gran crisis social, política y económica, como tendremos ocasión de comprobar. Esta circunstancia, lejos de arredrarlos en su propósito, parece servir de acicate a los escritores e intelectuales que salen a la palestra para expresar sus opiniones sobre la delicada salud de España. Durante los años en los que fueron impresas las páginas de *El Mosaico* aparecieron en escena autores como Unamuno,



Azorín, Baroja y Machado, quienes comenzaron a publicar en la prensa madrileña sus primeros textos ensayísticos y literarios. Consumían sus últimos años José María Pereda, Ramón de Campoamor, Juan Valera, Leopoldo Alas *Clarín*, Galdós y la condesa de Pardo Bazán.

La Murcia de finales del XIX tenía más inconvenientes que ventajas. En el último cuarto de siglo sufrió algunas de las más devastadoras inundaciones de toda su historia, como la acaecida el 15 de octubre de 1879, conocida con el nombre de Santa Teresa. Según las actas capitulares de esta fecha, murieron 777 personas y los daños fueron incalculables. María Teresa Pérez Picazo, en su libro *Oligarquía urbana y campesinado en Murcia 1875-1902*, lleva a cabo un pormenorizado estudio sobre distintos aspectos de la vida de los murcianos durante esta época. Un estudio del que nos hemos permitido extraer algunos datos que exponemos a continuación. La ciudad, que tenía en torno a los treinta mil habitantes a finales del XIX, seguía siendo fiel a su tradición musulmana, aunque apenas quedaran vestigios de esta civilización: presentaba calles estrechas y tortuosas, pequeñas plazuelas y callejones cortos sin salida. El suelo carecía de adoquín, por lo que en invierno se convertía en un fangal encharcado o en caminos polvorientos durante el largo y tórrido verano.

Las basuras se arrojaban a la vía pública ya que el ayuntamiento aún no tenía servicio de recogida, encargándose de ese cometido los huertanos, que utilizaban los desperdicios como abono. Con frecuencia se denunciaba el hecho de que vertieran aguas sucias a la vía pública desde las ventanas o a ras de suelo. En algunas casas particulares se criaban cerdos, añadiendo así una nueva y nada agradable gama de olores que tenía que soportar estoicamente el vecindario. En cuanto al alumbrado, el gas solía tener muy poca presión y los faroles despedían una luz mortecina incluso en las calles principales que invitaba a la delincuencia y al gamberrismo. De hecho, existía un elevado índice de criminalidad, con atentados a la propiedad y los homicidios o lesiones en riñas. Pero lo típico de la época era el pequeño hurto, a veces de cantidades u objetos insignificantes, “cuya única explicación –apunta M. T. Pérez Picazo– es la falta de trabajo y el hambre de las clases humildes” (p. 139). “Las armas blancas –continúa la citada autora más adelante– eran usadas con preferencia a las de fuego, debido a la necesidad de un permiso para poseerlas, pero no por ello escaseaban en todas partes. Asombra la cantidad de armas que la gente tenía y el gran número de licencias que concedía el Ayuntamiento previo certificado de buena conducta: en poco más de un año se autorizaron 300. Cuando ocurría un incidente particularmente sangriento, el gobernador de turno organizaba una recogida de armas, pero pasado un poco de tiempo se volvía a las andadas” (p. 140).

Las únicas dos aportaciones importantes dentro de esta realidad urbana pobre y arcaica fueron las construcciones, en 1884 y 1892 respectivamente, del cementerio de Espinardo y del Manicomio Provincial.

La deficiente política educativa y la falta de colegios públicos, permitía que los niños pasaran gran parte del día en la calle jugando y pidiendo limosna. Los



maestros de la época, si nos atenemos a los documentos de entonces, solían ser buenos, pero insignificantes y pobres. El sueldo para un profesional de Enseñanza Primaria oscilaba entre las 1.650, en el caso de los que ejercían en la capital, y las 325 pesetas anuales, muy por debajo –los últimos en toda la escala– de quienes se dedicaban a obras públicas, correos, ayuntamiento, hacienda y telégrafos.

El estilo de vida, puesto que existía la imperiosa necesidad de ahorrar, es sencillo hasta lo indecible. En la ciudad se comía muy poca carne, y el pescado, pese a que la costa no se hallaba demasiado lejos, apenas existía en la dieta de los murcianos de finales del XIX. Para una población de casi treinta mil habitantes, nunca se mataban más allá de una vaca, una o dos terneras, de nueve a doce cerdos, cinco o seis cabras, cuatro o cinco corderos y otros tantos cabritos.

Las casas de la ciudad, cuyo alquiler llegaba a costar entre las quince y las treinta pesetas anuales, solían ser húmedas, con escasas comodidades, y sin otro medio de defensa contra el frío que el modesto y humilde brasero. En cuanto a las diversiones, el sector masculino tenía, sobre todo, la tertulia, diaria y dominguera, en los cafés. Desde el punto de vista familiar, la diversiones comunes se limitaban a los paseos domingueros por la calles céntricas y por la Glorieta, donde tocaban las bandas de música locales todos los domingos por la mañana y las noches de verano, y a la asistencia, de vez en cuando, al teatro Romea.

En esta época, en los últimos compases del XIX, y con los parámetros anteriormente descritos, florece en Murcia una literatura y una pintura costumbristas que tendrá su momento de mayor esplendor en las primeras décadas del siglo XX, cuando, tras la decepción que supuso la pérdida de las colonias españolas de Ultramar, el pueblo recupera el aliento y respira un nuevo optimismo. Existe un auge generalizado en toda España de los regionalismos y la mayoría de sus autores utilizan, con mayor o menor fortuna, el habla especial de los huertanos. Si nos atenemos a los textos de mejor consideración artística y literaria, la filosofía vital de los protagonistas de estas creaciones es el conformismo: ante la imposibilidad de que cambien las cosas, lo mejor es trabajar honradamente y no buscarse mayores complicaciones, como queda patente en unos inspirados versos de Frutos Baeza:

*Ni he querío ser perráneo  
ni lo seré, aunque me esuellen  
pos vivo mejor que fraile  
y naide mi ruta tuerce:  
mi familia, mi averío,  
mi conciencia, mis deberes  
y vivir como el Pae quieto  
hasta que espiche y me entierren.*

Aunque al principio diéramos cuenta, junto a *El Mosaico*, de la existencia de varias revistas de carácter literario que convivieron durante algunos años al mismo tiempo, a pesar de los espectáculos que tenían lugar en el Romea y en otros teatros



que existían en la ciudad, y a pesar de la presencia de un elevado número de periódicos diarios en proporción al número de habitantes, la cultura carecía, casi por completo, de interés. La cultura, según apunta Pérez Picazo, aparecía como un pasatiempo de minorías, un entretenimiento erudito o una evasión, pero no como una inquietud o un objetivo conscientemente sentido y buscado: “Es significativo que durante la Restauración sólo hubiese dos peticiones en pro de una Universidad para Murcia” (p. 325).

*El Mosáico*, pese a su carácter inminentemente cultural y literario no quedó al margen de los acontecimientos políticos y sociales de la época que le tocó vivir, entre 1896 y 1898, años cruciales en el devenir de España y de los pueblos que la conformaban. En Murcia, la prensa local desencadenó una campaña en favor de la guerra colonial, con idéntico tono triunfalista que el resto del país. En los núcleos urbanos más importantes se organizaron, constantemente, manifestaciones patrióticas.

A partir del segundo número de *El Mosáico*, comienza a colaborar el periodista y escritor José Frutos Baeza con una sección titulada “Crónica”, donde, con un lenguaje ameno y desenvuelto, a base de dobles sentidos y juegos de palabras, da cuenta, en muy pocas líneas, de lo que sucede semanalmente en Murcia y en el resto de la región. En esa primera crónica, por ejemplo, informa de la estancia en Murcia de Sagasta, y de la presencia, en el teatro Romea, de un nuevo, raro y prodigioso invento que funciona a base de fotografías animadas llamado Kinematógrafo: “Merece verse aquello, pero hay que verlo arropados, sobre todo en los cuadros del ‘Paseo marítimo’ y ‘El baño’. So pena de echarse a tiritar”. En esta misma crónica, con la que Frutos Baeza inicia una andadura a la que pondría fin no muchas semanas después, en el número once de *El Mosáico*, se habla, de modo claro y abierto, a pesar, recordemos, de que se trata de una revista literaria, de la situación española en las guerras de Cuba y Filipinas. Al escritor murciano, a pesar de lo difícil de la situación, no le falta el consiguiente toque de humor: “Muchos pueblos de la Península se disponen a enviar obsequios a los soldados que pelean en Cuba, para que estos tengan una buena Pascua, en medio de las penalidades de campaña. En Fortuna se proponen enviar la friolera de un kilómetro de longaniza. La idea es buena y nos da importancia, porque se ve que en España se puede hacer todo. Incluso atar los perros con este embutido. Si otros pueblos siguen el ejemplo de Fortuna, ya no cabrá decir aquello de *hay más días que longanizas*”.

Frutos Baeza, quizá, junto con Díaz Cassou, uno de los colaboradores más destacados y leídos de la revista, no pudo –o no quiso– eludir su condición de poeta y, de esta manera, la crónica del número seis de *El Mosáico*, también con un fondo netamente bélico, la escribe en verso: “Si alguien mis humildes esfuerzos pidiera/ diría que sí,/ y en caso de apuro con un organillo/ saldré por ahí./ Y a los que critiquen si con el manubrio/ ni saco una nota/ ni guardo compás,/ diré: “¡Caballeros, ustedes dispensen. Yo por los soldados/ no puedo hacer más!”

En el número siete de *El Mosáico*, aparecido el 13 de diciembre de 1896, y que lleva al frente, en la portada, una caricatura del escritor vallisoletano Gaspar Núñez de Arce, muy conocido en aquella época no sólo por su literatura, sino también por



su condición de gobernador de Barcelona, diputado y ministro, Frutos Baeza, que sigue el día a día de la guerra, da cuenta de la proposición de los americanos para comprar Cuba, y la advertencia de éstos para que la guerra acabe lo antes posible con la amenaza, en caso contrario, de intervenir en la misma, como así sucedió finalmente.

Frutos Baeza, sin despedirse de sus lectores, lleva a cabo su última crónica en el número once de *El Mosáico*, en el que habla de una grave crisis gubernamental, de crisis económica, fracasos ministeriales, y esa nueva plaga que había empezado en Andalucía, donde “los bandidos asaltan los trenes y los obreros tienen hambre”. Esta publicación semanal no puede abstraerse de modo alguno de lo que sucede en la calle, del contagioso ambiente bélico preponderante. En el número sesenta y uno de *El Mosáico*, correspondiente al primero de mayo de 1898, justo cuando está a punto de suceder el desastre de Cavite, aparece el poema, rebosante de optimismo, de Federico Balart titulado, no por causalidad, “¡Guerra!”: “Despliega, España, tu pendón al viento./ ¡Por fin llegó el momento!/ ¡Pasaron, sí, las horas enlutadas/ en que muda de asombro vio la tierra,/ como lobos hambrientos, mal domados,/ la Venganza y la Guerra/ dormidas a tus pies y encadenados!”.

En el último número de *El Mosáico*, aparecido el 29 de mayo de 1898, justo después del desastre de Cavite, cuando faltaba sólo un par de meses para que se desencadenaran los más tristes sucesos en Cuba, en la sección titulada “De aquí para allá”, escrita, probablemente, por el propio director del semanario, Carlos Cano, se anuncian los motivos por los que *El Mosáico* deja de publicarse: “Con el presente número suspende su publicación *El Mosáico*, prometiendo reanudarla cuando luzcan para nuestra patria días más tranquilos”. La promesa, finalmente, no pudo ser cumplida. El 3 de julio de 1898, la escuadra española era literalmente deshecha por la poderosa flota norteamericana al mando del almirante Sampson. *El Mosáico* ya no vivía para contarlos.

Díaz Cassou, siguiendo la moda de las revistas y periódicos ingleses, franceses y españoles de la época, inicia, en el primer número de *El Mosáico*, una serie de “Leyendas de la catedral de Murcia” en las que se advierte la tonalidad y la técnica propias del folletón decimonónico, a lo que contribuye de manera decisiva el hecho de que estos textos no concluyan sino en alguno de los números siguientes, dejando en vilo al lector ante una truculenta y algo morbosa historia cuyo final resulta siempre incierto.

Como dato curioso hay que poner de relieve el hecho de que en las páginas de *El Mosáico* se lleva a cabo, con la amplitud necesaria –toda una plana–, una única reseña crítica a lo largo de sus sesenta y cinco números. Y hay que hacer notar que dicha reseña fue realizada por don José Pío Tejera a la primera serie de la obra, aparecida en Cartagena por esas fechas, *Aires murcianos*, del poeta archenero Vicente Medina, con prólogo de José Martínez Ruiz, futuro Azorín. Pío Tejera, respetado erudito de la época, califica a Medina de buen poeta, “un poeta tierno, dotado con la exquisita sensibilidad de espíritu y de la efusión de corazón muy a propósito para producir en el arte raras y nuevas perfecciones”.



*El Mosáico* fue siempre fiel a sus principios, a sus objetivos fundacionales, poniendo, cuando era oportuno, una nota de humor en sus páginas durante una época ciertamente triste y penosa, nada optimista y con un futuro poco prometedor para España. Ya hemos aludido a la manera, hasta cierto punto frívola, de resolver sus crónicas Frutos Baeza. Junto a esos otros textos de tono elevado, hallamos un buen número de poemas de tono festivo, ingenuos, pueriles, como los firmados por autores como Segarra Balmaseda y Vital Aza, que suenan a chiste en verso, como el titulado, de éste último, “Una opinión”: “Examinando a un chicuelo,/ con muchísima dulzura/ le preguntó el señor cura:/ —“¿Cómo está Dios en el cielo?”/ Y respondió el inocente/ al punto sin vacilar:/ —“¡Toma!, pues ¿cómo ha de estar?/ Estará... ¡tan ricamente!”.

En la sección “De aquí para allá” aparecen frecuentemente chistes muy breves, en los que domina el diálogo, y, a partir del número 27 de *El Mosáico*, aparecido el 2 de mayo de 1897, se inaugura una sección titulada “Correspondencia”, en la que el director, al contrario de lo que viene siendo habitual, contesta a sus lectores acerca de los originales enviados para su posible publicación en estas páginas. Por su tono, ciertamente jocoso, y el contenido de estas respuestas, parece claro que el director de *El Mosáico* se dedica a inventar unos originales que no existen. Veamos algunos ejemplos: “Sr. D. N.C.A. Murcia: Ese soneto, no quisiera engañarme, pero me parece que le conozco muchísimo. ¿Está usted seguro que es suyo completamente?”. “Sr. D. C.R. Madrid: Me manda usted unos versitos —tan sosos y flojitos— que, aun causándome pesar, no los puedo publicar”.

La revista siempre finalizaba, en su última página, con una sección de pasatiempos cuyas soluciones eran proporcionadas al lector en el siguiente número. La caricatura del escritor que iba en portada, las viñetas y los fotograbados de su interior —no siempre tan nítidos como era deseable—, con los paisajes y conocidos monumentos y edificios públicos de Murcia y su región, daban a esta publicación un aire ciertamente heterogéneo y una variedad y amenidad muy estimables.

En las páginas de *El Mosáico* convivieron —da la impresión que en sana armonía— distintas generaciones, autores muy conocidos por aquella época como Martínez Tornel, Frutos Baeza, Balart, Díaz Cassou, Sánchez Madrigal, Campoamor, Echegaray, Núñez de Arce o Vital Aza, con otros mucho más jóvenes como el veinteañero Pedro Jara Carrillo, y los hoy completamente desconocidos Juan Pérez Zúñiga, Luis Taboada, José Navarrete o Julio Hernández.

En los 65 números de que se compone *El Mosáico* sólo encontramos una única colaboración de una mujer, Blanca de los Ríos. Su aportación, que no tendría continuidad, está incluida en el primer número de esta publicación. La mujer es la protagonista de buen número de portadas de *El Mosáico*, si bien hay que puntualizar que no se trata de escritoras o intelectuales, como en el caso de los hombres que ocupan este mismo privilegiado lugar en la revista, sino de actrices o artistas de la canción, de la ópera o la zarzuela, como Isabel Brú, María Tubau o Ramona Valdivia. El machismo de la época lleva no sólo a ignorar a la mujer en su papel de literata, sino también a la realización de poemas que atentan contra su dignidad,



como el del mediocre y ríspido escritor José Tolosa Hernández, titulado “Cómo cambian las mujeres” en el que leemos los versos que siguen:

*Cuando apenas tenía quince años  
Luz, que soñaba ya con un marido,  
quería que éste fuera guapo y bueno,  
y sobre todo, rico.  
Sin casarse a cumplir llegó los veinte,  
y entonces, sus deseos reformando,  
con un marido Luz se conformaba  
que fuera bueno y guapo.  
Pasó el tiempo y cumplió los veinticinco,  
y otra vez reformando sus deseos,  
ya no quería ni que fuera guapo,  
¡se conformaba con que fuera bueno!*

No nos puede extrañar esta circunstancia, que no tiene nada de anecdótica, si tenemos en cuenta que las “señoritas”, incluso las de élite, llevaban una existencia recoleta, habitual en la España de fines del XIX. Una existencia que se acentuaba en los pueblos y en las capitales de provincias pequeñas como Murcia, donde sus vidas transcurrían entre la casa, la iglesia, las compras y las escasas visitas.

Digamos, pues, a modo de conclusión, que *El Mosaico* cumplió con creces su propósito de enseñar deleitando, poniendo esa pizca de humor en medio del páramo, en una etapa muy difícil, decepcionante y repleta de una enorme y profunda cansera existencial. Fue una revista que, casi milagrosamente, sin recurrir a la publicidad, con un nivel literario aceptable, pudo sobrevivir sobreponiéndose a las circunstancias con la aparición de nada menos que sesenta y cinco números a lo largo de casi dos años de existencia, entre noviembre de 1896 y mayo de 1898. Y fue, además, un semanario que, a pesar de su contenido heterogéneo, variado, nunca fue ajeno del todo a lo que sucedía en la calle a través, sobre todo, de las excelentes y modélicas crónicas de un escritor con gran porvenir llamado José Frutos Baeza, y algunos poemas que no quisieron eludir del todo el ambiente social y político de esta confusa época. El interés de esta publicación, que pasa a mejor vida en un año crucial para la historia política, social y literaria de España, merece que se lleve a cabo una edición facsímil, y merece, además, un estudio más pormenorizado que el presente, dado la incuestionable calidad de sus colaboradores y el esfuerzo de su director, Carlos Cano y Núñez para que esta publicación llegara al mayor número de personas posible en una Murcia de un analfabetismo imperante en la que la cultura forma parte del elenco de las enfermedades exóticas e incurables.

### Obras citadas

CRESPO, A. (2000): *Historia de la prensa periódica en la ciudad de Murcia*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.



DÍEZ DE REVENGA, F.J., y PACO, M. de (1989): *Historia de literatura murciana*, Universidad de Murcia, Murcia.

PÉREZ PICAZO, M. T. (1986): *Oligarquía urbana y campesinado en Murcia. 1875-1902*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.

REYZÁBAL, M. V., y TENORIO, P. (1992): *El aprendizaje significativo de la literatura*, La Muralla, Madrid.

